

La construcción de la noticia: en busca de la equidad perdida

Lic. Daniel Ulanovsky Sack

*Adivina adivinanza,
qué quieren decir la fuente,
el cantarillo y el agua*

Antonio Machado, "Proverbios y cantares"

El periodismo como práctica e instrumento de la modernidad, es decir, como un saber necesario a una época, se apoya en diferentes jerarquizaciones que determinan qué es noticia y qué no. De esa forma, se establecen los criterios para la construcción de lo cotidiano y se logra moldear una *para-realidad*, o una ilusión de lo real, que a medida que se toma como única y cierta empieza a percibirse ya no como algo creado sino como lo previo, lo existente en sí mismo. Se genera así una situación en la que el periodismo alienta una inequidad cognitiva al privilegiar una percepción por sobre otra.

Quizá la noción clave para dar cuenta de este malentendido es la de *objetividad*, término que suele constituirse en el valor único del discurso de los medios. Habría que buscar la raíz de este proceso en uno de los conceptos que desarrolla el sociólogo Marshall Berman¹ a partir de ideas esbozadas por Carlos Marx y que explican la necesidad de generar una sensación de certeza en un mundo en el que "todo lo que es sólido se desvanece en el aire". En ese sentido, el periodismo, en su formato clásico, evita la idea de que lo concreto se esfuma ya que enfatiza sobre la pre-existencia de una realidad.

Desde otro lugar, pero con un sentido similar, el filósofo Jürgen Habermas² señala que "las imágenes del mundo cumplen la función de *conformar y asegurar la identidad* proveyendo a los individuos de un núcleo de conceptos y suposiciones básicas que no pueden revisarse sin afectar la identidad tanto de los individuos como de los grupos sociales".

Podríamos decir que ese sentimiento de seguridad necesita ignorar las dudas y los cuestionamientos. Pero esto se torna peligroso cuando se intenta reflejar los

Daniel Ulanovsky Sack es periodista y Nieman Fellow de Harvard University. Entre 1985 y 1998 fue editor del diario "Clarín" y luego fundó la revista temática "Latido" (Buenos Aires). Actualmente dirige el Centro de Estudios Avanzados en Periodismo Narrativo www.periodismonarrativo.com

diferentes mundos cotidianos: si desde una epistemología demasiado frágil se define lo objetivo a partir de ciertas reglas y de ciertas preguntas, su carácter resulta equívoco y absolutista. Cuando nos enfrentamos a una sola realidad, sólo basta con conocer las técnicas necesarias para encontrarla. Esas técnicas, sin embargo, han sido pensadas para dar forma a una clase de percepción y no a otras. De ahí, la situación de inequidad: habrá vivencias, procesos, sentimientos, subjetividades que nunca serán registrados como realidad porque no se los detecta con las herramientas que utilizamos.

Sobre estas limitaciones, reflexiona el pensador italiano Furio Colombo³ cuando se pregunta si es posible “acercarnos fríamente a los hechos”. Y él mismo se responde contando la experiencia de Ed Murrow, un periodista de la CBS que cubría el fin de la Segunda Guerra Mundial:

“Con el micrófono en la mano, desde un puesto preparado en los bordes del campo, Ed Murrow narró al mundo, que lo desconocía, lo que veía mientras los soldados americanos entraban en un campo de exterminio. También Ed Murrow desconocía, y en dicho sentido no tenía prejuicio. Pero incluso hoy, al reescuchar aquella crónica radiofónica, se nota la inmensa oleada de emoción y participación que se apodera del cronista y le obliga a ser no el ojo distante y sereno, sino un participante afectado por la tensión, el estupor y el insoportable testimonio del dolor. En cierto sentido, Murrow violó todas las reglas del periodismo “objetivo”. Visto desde otra perspectiva, produjo una de las páginas del periodismo más elevado que existen desde que existe la profesión.”

El desfase entre el marco teórico que se suele utilizar en el periodismo y la ilusión de un mayor conocimiento de la realidad del que ese marco estimula, empezó a tomar forma, para quien esto escribe, en una sensación que lo embargaba a fines de los años 70 cuando era un estudiante de Comunicación Social. En aquella época, la teoría de nuestra disciplina parecía iniciarse, casi por generación espontánea, en la Segunda Posguerra con los esquemas de Shannon y Weaver⁴. Cuando aquel estudiante leía esos textos intuía, sin saber por qué, una falla esencial, como si no le hablaran de periodismo, ni siquiera de un protoperiodismo. Con el tiempo entendió la raíz de esa duda: se había generado, y no de manera ingenua, un *corpus* que explicaba cómo transmitir la realidad pero no cómo crearla, ni de los peligros que acechaban ese proceso de construcción. Ahí tomó conciencia de que un periodista necesita remitirse a otra genealogía que debería comenzar por Kant y su *Crítica de la razón pura*

(1781) para poder entender, primero, las limitaciones del conocer y abocarse, recién entonces, a la calidad de la transmisión.

El principal problema epistemológico de la comunicación social moderna se remite a su característica de haber nacido y de ser funcional a una época que ha basado sus preceptos fundantes en la lógica industrial. Por eso no es casual que la confección de la noticia se haya pensado en lógica de cadena productiva en vez de subrayar las cualidades del hacedor, del artesano de la información, en breve, del periodista.

¿Por qué, sino, durante décadas –y en muchas agencias informativas, aún hoy– las noticias no se firmaban? Se suponía que cualquier buen periodista vería y relataría lo mismo si seguía a pie juntillas las reglas que la empresa le brindaba (desde las cinco o seis *W* hasta la negativa a mezclar información con opinión o la obligatoriedad de iniciar el texto de una manera predeterminada). Este esquema alienta una cadena *fordista* de trabajo y produce un tipo de noticia que conlleva una inequidad casi genética: el periodista –encargado de describir lo que ve– no tiene libertad para elegir las herramientas que cree necesarias.

Con el objetivo de lograr un reflejo más equitativo y menos premoldeado de lo que llamamos realidad, señalaremos algunas de las formas de abordar y de relacionarnos con el acontecimiento que resultan poco usuales (o en ciertos casos, aún prohibidas) en las redacciones y que podrían dar lugar a una mirada novedosa sobre el hecho informativo.

I. La realidad se consolida a partir de quien la mira

Los periodistas y los medios deben atreverse a sumar lo subjetivo a la información, y empezar a trabajar el concepto de mirada y de honestidad, conjugándolo con el de objetividad. Si partimos de la base de que lo real es una construcción, parece más apropiado que le ofrezcamos al público la posibilidad de compartir ese proceso personal –las dudas, las certezas, los valores– que aqueja al periodista a medida que moldea la información en vez de escudarnos en el falso precepto de “la realidad existe, sólo la transmitimos”. En este sentido, vale mencionar una cita del filósofo francés Jacques Derrida⁵:

“El primer rasgo es que la actualidad, precisamente, está hecha: para saber de qué está hecha, no es menos preciso saber que lo está. No está dada sino activamente producida, cribada, utilizada y performativamente interpretada por numerosos dispositivos ficticios o artificiales, jerarquizadores y selectivos, siempre al

servicio de fuerzas e intereses que los “sujetos” y los agentes (productores y consumidores de actualidad -a veces también son “filósofos” y siempre intérpretes-) nunca perciben lo suficiente. Por más singular, irreductible, testaruda, dolorosa o trágica que sea la “realidad” a la cual se refiere la “actualidad”, ésta nos llega a través de una hechura ficcional. No es posible analizarla más que al precio de un trabajo de resistencia, de conainterpretación vigilante, etcétera. Hegel tenía razón al exhortar al filósofo de su tiempo a la lectura cotidiana de los periódicos. Hoy, la misma responsabilidad exige también que sepa cómo se hacen y quién hace los periódicos, los diarios, los semanarios, los noticieros de televisión.”

Más allá de analizar, como propone Derrida, las distintas técnicas de confección de lo cotidiano, no hay duda de que los hechos existen por sí mismos, autónomamente. Pero lo real es un tejido, una amalgama de lo fáctico que no tiene entidad propia: nace a partir de una decisión.

Quizá resulte gráfico dar un ejemplo: en muchos países –España es uno de ellos– cada vez hay más casos de personas mayores que mueren solas en su casa por efecto de algún ataque cardíaco o cerebral, y cuyos cuerpos quedan varios días abandonados hasta que el olor de la descomposición alerta a los vecinos. Así, resulta muy común encontrar en la prensa artículos titulados “Encuentran el cadáver de otro anciano”. Sin embargo, nunca se titula “El anciano que vive solo y espera” y se cuenta su vida cotidiana.

El hecho en sí –una muerte– es indiscutible: sucedió. Pero si construimos la realidad desde esa perspectiva, ocultamos las otras aristas. Esto ha provocado que, en el caso de España, una de las soluciones a tanto anciano muerto en soledad fuera dotar a las personas mayores de un collar con una tecla de radiollamado: cuando se sienten mal, la aprietan y se desata una operación de socorro.

La construcción de la información se dio, en este ejemplo, siguiendo las normas claras del periodismo objetivo: que el perro muerda al hombre no es noticia, que el hombre muerda al perro, sí. O dicho de otro modo: que la gente viva no es noticia, que la gente muera, sí. Pero esta construcción genera la falsa percepción de que el verdadero drama son los cuerpos abandonados, cuando para las personas la mayor angustia radica en una *vida en soledad*. Si el periodismo hubiera hecho hincapié en esta mirada se hubiera pasado del axioma “tanta gente muere sola” al de “tanta gente vive sola” y la solución, seguramente, habría sido diferente a la del “collar-llamador” de emergencia. Aquí reside lo inequitativo: a partir de una lectura única el periodismo transmite un síntoma y lo convierte en una realidad privilegiada.

Este estado de la profesión debiera merecer una reflexión por parte de los periodistas acerca de qué entendemos por noticia. Permítanme un ejercicio de juego de roles. Imaginémosnos en una redacción, sentados en nuestro escritorio; de pronto, nos llama una persona para informarnos que en su edificio encontraron a un anciano muerto. ¿Qué haremos? Muy probablemente enviaremos en forma inmediata a un cronista y a un fotógrafo.

Imaginemos ahora que llama otra persona y, al atender el teléfono, nos dice: “Tengo 80 años, me siento solo, no tengo a quién recurrir”. ¿Le haremos un reportaje? ¿Lo convertiremos en realidad y en noticia? ¿O, lo más probable, lo derivaremos a un teléfono de servicios sociales y nos olvidaremos del tema?

II. La noticia es más vasta que las clasificaciones que la encasillan

Uno de los errores de la Ilustración ha sido su voluntad extrema de clasificar: cada acto, cada especie, cada episodio debía pertenecer a un renglón del esquema sinóptico universal. Esta cultura fue heredada por los periódicos y luego por los noticiosos en otros formatos. Así, tendemos a fragmentar en forma injusta la experiencia humana.

Tomemos el caso de una suba de impuestos: la noticia saldrá publicada en la sección Economía y tendrá, casi seguramente, un tono periodístico duro, rígido, macro. Mucha gente que lea esa información, sin embargo, la asociará a unas vacaciones más cortas o a un destino más cercano. También la vinculará, quizá, a una mayor necesidad de ahorro para disponer de efectivo el día en que sus hijos vayan a la Universidad. Sin embargo, nada encontrará, posiblemente, sobre estos temas en la cobertura informativa y tendrá que esperar hasta que tiempo después la sección Consumo o Educación o el Suplemento de Viajes publique algún reportaje que dé respuesta a su inquietud.

¿Por qué no pensar un abordaje más integral en el que lo importante no sean las secciones de un periódico, sino todas las aristas de las noticias fundamentales del día? De esta manera, la cobertura sobre el alza impositiva puede ir acompañada con informaciones que hagan vivir más intensamente el tema: nuevos hábitos a los que habrá que acostumbrarse, estrategias para unas vacaciones más económicas o la conveniencia de vender el segundo auto familiar.

Esta forma de vincularse al acontecimiento parece más equilibrada, más abarcadora pero tiene un peligro a menudo combatido por el establishment (en este caso, defino a establishment como las fuerzas que promueven el mantenimiento del status-quo): mientras más fragmentada aparezca la noticia, menos entiende la ciudadanía sus efectos. En este caso habría que preguntarse

si puede el periodismo, a menudo tan vinculado él mismo al establishment, constituirse en una fuerza que vaya en otra dirección.

III. Desnudarse en vez de vestirse

Se suele decir que el escritor de ficción utiliza la palabra para desnudar sus propios fantasmas, en tanto el periodista la utiliza para taparlos, es decir, hablar del otro y de lo otro. Lo interesante de esta idea es que los comunicadores no solemos trabajar a partir del concepto de “nosotros y nuestros problemas” sino de “nosotros, acusadores”. Esto, en sí, no estaría mal si tuviéramos un currículum transparente detrás y si hubiéramos logrado algún halo de santidad. Lamentablemente, esto no siempre resulta usual.

¿Quién de nosotros no conoce periodistas corruptos que basan su estrategia informativa en atacar –en nombre de la libertad de información– para luego negociar? ¿Quién de nosotros los ha denunciado? ¿O hemos preferido escudarnos en un sistema de protección profesional? Algo similar sucede con muchos medios de comunicación que, por ejemplo, publican artículos sobre los efectos que tiene la precarización laboral en los profesionales jóvenes, pero que nunca hablarán sobre ese mismo tema vinculado a su propia redacción.

En este sentido, bien vale recordar los conceptos del periodista gallego Manuel Rivas⁶: “Creo, como García Márquez, que éste es el oficio más hermoso del mundo. También, como el maestro Luis Pita⁷, sabio y escéptico en su *exilio*, que el periodismo es un asco, donde abundan mercenarios que no creen en su oficio ni en el valor de la palabra. Los dos tiene razón.”

No hay duda que esta axiología contradictoria nos hace perder credibilidad, tanto a la prensa como a los periodistas: a menudo preferimos colocar un manto de silencio sobre las deficiencias profesionales.

¿Soluciones? Creemos que las hay y que deben ser siempre de carácter ético. Por una parte, es importante que los profesionales de la comunicación empecemos a debatir estos temas en Seminarios y Encuentros, que los saquemos del placard y de la oscuridad. Alentar, además, a los Colegios Profesionales a que tengan Tribunales de Ética, y a las organizaciones empresarias –es un largo camino, pero si nunca se empieza, ¿desde dónde hablar?– a que adscriban voluntariamente a pautas de transparencia en materia de políticas noticiosas y laborales.

IV. Roles privilegiados

Quisiera iniciar este punto a partir de una imagen corriente en los programas noticiosos de América Latina. Pensemos, por ejemplo, en una noticia vinculada a un barrio con aguas fétidas y a los problemas de salud que la proliferación de virus y bacterias ocasionan. Hablemos de una cámara que

mientras muestra el barro estancado realiza un paneo sobre un grupo de adolescentes que, sonrientes, saludan: son centro de la atención, tienen el telediario en casa, hoy se verán por la tele.

En este ejemplo, el vínculo entre el *periodismo* y la *equidad* abre una vía interesante de análisis respecto del rol de cada actor social. Para profundizarlo deberíamos responder, primero, qué es y qué hace un periodista. Si adoptamos el concepto clásico, se trata de alguien formado para detectar lo que la ciudadanía considera noticia y con la capacidad de transmitirlo a través de diferentes formatos. Resulta paradójico: tanto el análisis libre empresario como el de los sectores de izquierda acuerdan con esta lógica. Los diferencia, a menudo, un enfoque contenidista. Es decir, quién debe decidir la sustancia de la pieza informativa: ¿el periodista o el propietario del medio? Pero sea cual fuere la respuesta, no se pone en jaque el postulado central: siempre hay alguien impar, singular, a menudo solitario, que detenta la potestad de decidir, de construir realidad.

Debemos tener en cuenta que delegar genera acostumbramiento. Es el caso de los adolescentes riendo en medio de las aguas pútridas. Para ellos, la idea de que la cámara esté presente vale en sí misma y no por el contenido que le puedan incorporar: ante la novedad, caen en una especie de fetichismo tecnológico. Estos muchachos se sitúan en un escalón previo a la apropiación del medio, no piensan que ellos –ciudadanos, al fin y al cabo– también podrían estar del otro lado de la cámara.

¿Cómo cambiar esto? Los periodistas no solemos rehuir el aspecto teleológico –el para qué– de los medios ni, tampoco, dejamos de lado la ideología de los mensajes y de los sistemas que los generan. Sí, en cambio, solemos sentirnos externos a ese debate y nos cuesta reconocer que nuestra profesión, tal como ha sido concebida en su formato tradicional, lleva implícita una inequidad de raíz: los periodistas somos ciudadanos privilegiados, a menudo *más iguales* que los otros, disponemos de una maquinaria que amplía al infinito nuestra palabra. Nos situamos, así, en un escalón diferenciado frente al público. ¿Pero alguna vez nos hemos detenido en estudiar cómo es y cómo modificar esa delegación tácita que detentamos para administrar el flujo informativo?

Ha habido algunos intentos llamativos como los del Periodismo Popular –muy restringido a algunas zonas– o el Periodismo Cívico que a menudo es considerado más una estrategia de marketing que de verdadero reconocimiento comunitario. Pero, esencialmente, consideramos que un medio de comunicación debe entrelazar dos lógicas de trabajo. Una es jerárquica y se

basa en la idea tradicional del periodista como editor de la realidad. La otra, promueve un acercamiento más democrático a la información e incluye la mirada directa de los grupos ciudadanos involucrados. ¿Qué significa “mirada directa”? Que se brinde espacio pero sin recurrir a la censura editora.

Desaparece, así, la idea del medio o del periodista como la de “portavoz” de los que no tienen (o a menudo de los que sí tienen) voz y se refuerza la noción del periodista como facilitador del flujo de mensajes.

Estas dos lógicas deben ir juntas porque cuando predomina una por sobre la otra se produce una descompensación. Si todo el flujo es administrado por el periodista o el medio, se impide el acceso directo del receptor a lo masivo y a convertirse, a su vez, en emisor.

Contrariamente, si pensáramos en una situación inversa en la que el periodista fuera sólo un mero facilitador del flujo, caeríamos en un paradigma en el que nunca se podría propender hacia la imparcialidad: es lícito y necesario brindar a la ciudadanía espacio en los medios, pero cada grupo habla en su nombre. El periodista, en cambio, debe intentar explicar cómo se conjugan, juzgan y entremezclan esos intereses. Por eso es necesario la presencia de ambas lógicas.

Sería interesante, en pos de esta equidad entre periodista y público, un marco teórico que limite el peso de lo institucional en la construcción del acontecimiento y privilegie, en cambio, la relación entre la noticia y la persona concreta. Para ello, resulta apropiado profundizar la obra del lingüista Tzvetan Todorov⁸, en particular cuando señala que “el humanismo *activo* se basa en la finalidad del *tú*, en la aceptación del ser humano particular (distinto de uno)” y remarca que la conciencia del sí, inseparable de la del otro, tiene efectos decisivos en la forma de entender la libertad humana. Creemos que esta idea –la conjugación y presencia de los distintos protagonistas de la información– es central para una ciencia de la comunicación que ha dejado de lado el yo y el tú para ocultarlos bajo el peso de una mirada demasiado cercana al concepto tradicional de objetividad, en vez de reemplazarlo por el de “honestidad + subjetividad”.

V. El periodismo, ¿un adelantado de la Postmodernidad?

Al principio mencionábamos que la forma clásica de entender el periodismo había sido funcional a la modernidad. Y criticamos su interés y su necesidad de generar una narración única, totalizadora. Quizá hora debamos, también, estar alertas a otro peligro de signo contrario: el pequeño relato en sí mismo, autónomo de cualquier contexto. De alguna manera es como si la lógica postmoderna que, según Lyotard⁹, se basa en la ausencia de un metarelato legitimante y, a la vez, en la proliferación de pequeños relatos que no

completan un *corpus* en sentido clásico, se haya apropiado de ciertos lenguajes periodísticos. Incluso, si se estudia la historia de la narración noticiosa en el siglo XX queda claro como, en especial en la radiofonía y en la televisión, se ha actuado con algunas lógicas de la postmodernidad mucho antes de que ella tomara jerarquía de movimiento, hacia fines de los años 70.

¿A qué nos referimos? A una estrategia de composición sin jerarquías de tiempo, espacio o causas. Los hechos suceden en forma inconexa y desvinculada. Irrumpen, no tienen pasado ni presente y tal como llegaron posiblemente desaparezcán para ser reemplazados por otros nuevos, que pronto también cumplirán su breve ciclo vital.

Con esta técnica de trabajo, los periodistas y los medios nos colocamos en una posición que impide comprender –y por ende, transmitir– la idea de interrelación. Por ejemplo, cuando hablamos sobre los destrozos que provoca un huracán, la noticia pequeña hace hincapié en la fuerza devastadora del fenómeno natural y ese suele ser el acercamiento más usual en la prensa. Si, en cambio, se coloca ese hecho en un tejido que incluya las políticas públicas, la planificación preventiva en la industria de la construcción o el manejo del dinero del fisco, nos encontraremos con que lo devastador no se centra tanto en la fuerza del huracán sino en una sumatoria de imprevisibilidades, manejos erróneos y corrupciones que no supieron adelantarse al suceso. De esta manera, le sumamos historicidad y contexto a la noticia pero quizá le quitamos esa capacidad de *flash* tan cara a las redacciones. Y rompemos, así, el enamoramiento del periodismo con el axioma de que cada día se empieza de nuevo, de que la noticia de ayer es vieja, de que hay que descubrir –hoy, para ya– algo novedoso, tan distinto pero a la vez tan igual a lo que conoceremos mañana.

¹ BERMAN, Marshall *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 1988 (para este tema en particular recomendamos el capítulo 2: *Marx, el modernismo y la modernización*)

² HABERMAS, Jürgen *Teoría de la acción comunicativa I – Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus, Madrid, 1999, pág. 97.

³ COLOMBO, Furio *Últimas noticias sobre el periodismo*, Anagrama, Barcelona, 1997, págs. 42/43.

⁴ SHANNON, Claude y WEAVER, Warren *The Mathematical Theory of Communication*, University of Illinois Press, [1948] 1999.

⁵ Entrevista con Jacques DERRIDA (*Passages*, n° 57, septiembre de 1993, pp. 60- 75). Palabras recogidas por Stéphane Douailler, Émile Malet, Cristina de Peretti, Brigitte Sohm y Patrice Vermeren. Traducción de C. de Peretti en *El Ojo Mocho. Revista de Crítica Cultural*, Buenos Aires, número de primavera 1994.

⁶ RIVAS, Manuel *El periodismo es un cuento*, Alfaguara, Madrid, 1997, págs. 23/ 24.

⁷ Periodista que desempeñó, en Galicia, un rol opositor significativo durante la última etapa del franquismo.

⁸ TODOROV, Tzvetan *El jardín imperfecto – Luces y sombras del pensamiento humanista*, Paidós Ediciones, Barcelona, 1999, pág. 56.

⁹ LYOTARD, François *La condición postmoderna (Informe sobre el saber)*, Cátedra, Madrid, 1984 (Para profundizar este tema sugerimos el capítulo 10: *La deslegitimación*).